



Presencia de Monseñor Romero en la hora actual

Monseñor Romero, a los dos años de su asesinato, sigue siendo el gran presente y el gran ausente. Los pobres de El Salvador y de toda América Latina le han canonicado ya sin duda. Todos los que sufren y luchan por la justa liberación de los oprimidos siguen reconociendo en él al hombre salvadoreño y latinoamericano que dijo la verdad sobre la miseria y los anhelos populares, que orientó y animó a todos los que quieren mantener la esperanza y trabajar por la liberación de pueblos crucificados. Innumerables comités de solidaridad y organizaciones al servicio de los derechos humanos, pequeñas iglesias y comunidades cristianas llevan su nombre; su fotografía aparece por doquier y sus homillas han sido publicadas en un fenómeno editorial sorprendente para este tipo de publicaciones. Mucha gente del pueblo va a visitar su tumba, para hablar con él y depositar sobre su sepulcro cartas, confidencias y flores. Pero si Monseñor Romero sigue presente como personaje público, lo sigue sobre todo en el silencio de los corazones de muchos, allí donde se toman las grandes decisiones de seguir acompañando al pueblo sufriente, de seguir luchando por su liberación, de dar la vida incluso para que los pobres tengan vida; sigue presente también allá donde los pobres necesitan fuerza y esperanza para sobrevivir su calvario cotidiano.

Otros, sin embargo, lo han silenciado porque su recuerdo sigue siendo denuncia, cuestionamiento y llamado a la conversión, y ha habido hasta quienes han tomado el silenciamiento como consigna. Ciertamente es que nadie se ha atrevido a atacarle en público, porque su vida ejemplar no deja el más mínimo resquicio para la crítica artera. Ciertamente es también que muchos de quienes no quieren seguir sus pasos, por miedo a participar en su destino o por buscar para la Iglesia lugares más tranquilos y me-

nos comprometidos, reconocen en silencio que Monseñor Romero tenía razón, que él sacó a la luz la verdad de la situación salvadoreña y que en él esta realidad dolorosa y crucificada tomó la palabra. Pero han silenciado a Monseñor Romero.

Este silencio es desconcertante e indignante y, en cualquier caso, empobrecedor. Es increíble que, en los actuales momentos del país y de la Iglesia, líderes políticos, militares, gubernamentales e incluso eclesiales no recuerden la palabra más orientadora que se ha pronunciado sobre el país, que silencien en el planteamiento y en la solución de los problemas al salvadoreño que supo decir la verdad a todos, porque hablaba simplemente desde la verdad, al salvadoreño que supo aglutinar a todo tipo de personas, campesinos e intelectuales, obreros y profesionales, sacerdotes y religiosas, soldados sencillos y algunos de sus oficiales, congresistas estadounidenses y políticos extranjeros, porque hablaba desde el amor y la misericordia.

Su ausencia se nota. Se siente en la Iglesia de todo el país y en la Conferencia Episcopal; se nota también en la Arquidiócesis, aunque, después de haber sido diezmada literalmente por la persecución, no pocos tratan de seguir sus huellas y Monseñor Rivera hace esfuerzos para que no se apague su llama. Pero su ausencia se nota sobre todo en el país, en el momento más grave de su historia.

Por ello queremos recordar a Monseñor Romero, para que quienes le tienen presente se sientan animados y para que quienes lo silencian busquen honradamente en su palabra la luz que no parece venir de ninguna otra parte. Dos cosas son importantes recordar: a) el aporte de Monseñor Romero para ver y buscar una solución a los problemas del país y, por de pronto, una urgente salida al caos actual; y b) el aporte de Monseñor Romero para fomentar los valores y realidades sociales que garantizan a la larga la reconstrucción de una sociedad verdaderamente humana.

Monseñor Romero llamó a la reconciliación y nadie se atrevió a rechazar en público ese llamado. ¿Por qué? Porque llamó a la reconciliación desde una real cercanía al sufrimiento de todos, y porque comunicó a las mayorías pobres que más profunda que sus divisiones y oposiciones era la comunidad en el sufrimiento y la miseria.

1. La visión de la realidad salvadoreña.

La visión que tuvo de la realidad salvadoreña Monseñor Romero fue trágica, pero objetiva. Recordarla ahora puede ser anacronismo sólo en el sentido de que se ha hecho mucho más trágica desde su muerte; pero ello no quita validez a su juicio, sino que aquilata su profundidad y acierto.

Monseñor Romero describió nuestra realidad como una sociedad de pecado en la que impera la muerte que produce el ídolo de la riqueza absolutizada y el ídolo de la seguridad nacional. No son estos los únicos ídolos que Monseñor Romero descubrió en el país, pero sí los más destructivos: ambos exigen víctimas para subsistir, y esas víctimas son los cientos de miles de salvadoreños que mueren día a día a causa de la miseria, o rápida y violentamente a causa de la represión cuando quieren liberarse. "Esto es el imperio del infierno", afirmó escuetamente.

Vio la raíz de esta miseria en causas internas; en lenguaje propio de los documentos episcopales de Medellín, en la opresión estructural y en la violencia institucionalizada. Lo que de responsabilidad externa existe, lo adjudicó sobre todo al imperialismo, que no ha permitido la libre autodeterminación del país. Cuando comenzó la espiral de violencia y previó el desencadenamiento de una guerra, no responsabilizó de ésta directamente a la "subversión" interna, sino a la constante represión oficial, ante la cual aquélla resulta una respuesta casi inevitable.

Desde esta perspectiva, Monseñor juzgó a los diversos grupos socio-políticos y a cada uno de ellos les planteó exigencias bien determinadas. A los grupos oligárquicos les conminó a la conversión radical, pues ellos son sustancialmente los causantes del pecado del país. A los grupos militares, sobre todo a sus jefes, les exigió dejar de ser servidores y esclavos del capital y, muy en particular, dejar de ser, junto con las bandas paramilitares, instrumentos inmediatos de represión contra el pueblo salvadoreño. A ellos les dijo solemnemente un día antes de ser asesinado: "En nombre de Dios, pues, y en nombre de este sufrido pueblo cuyos lamentos suben hasta el cielo cada día más tumultuosos, les suplico, les ruego, ¡les ordeno!: ¡Cese la represión!" Al gobierno de Estados Unidos le exigió que no enviara armas al ejército salvadoreño, lo cual sólo facilitaba más la represión, y le reclamó el debido respeto a la libre autodeterminación. A los políticos y, más en concreto, a la Democracia Cristiana, les recordó que las buenas intenciones deben ser acompañadas de realizaciones justas y de signos de ruptura con el pasado, como el cese de la represión y el esclarecimiento de las "desapariciones"; les profetizó que las reformas con sangre no prosperarán, que la tierra ensangrentada no dará su fruto. A los medios de comunicación les acusó de ser cómplices de la represión, encubriéndola, y de prestarse a toda

suerte de calumnias y difamaciones; les exigió —¡y cuánto admiraba la labor de los periodistas honestos!— que fuesen fieles a la verdad. A los movimientos populares les dio la razón en sus justas reivindicaciones y en sus luchas por la liberación. Les exigió hacer uso de todos los medios sustancialmente pacíficos, aunque en principio no excluyera la legitimidad de una insurrección; pero les pidió también que no absolutizaran a alguna de las organizaciones o a todas ellas en su conjunto, que no manipularan la religiosidad del pueblo y que no se mancharan las manos con sangre inocente.

2. El diálogo como camino de solución.

La transparencia de su diagnóstico mostraba una realidad tan trágica, una población tan dividida y polarizada en función de intereses opuestos, que podría haber llevado a cualquier otro a descartar toda esperanza de una solución pacífica. Sin embargo, Monseñor Romero siempre pensó que la solución tendría que venir de la unificación de fuerzas. “Si somos racionales”, dijo cinco días antes de su asesinato, “y hacemos uso de nuestras capacidades superiores podemos resolver esto en forma pacífica y pronto. Pero si nos obstinamos en la polarización de fuerzas, seguirá creciendo esta espiral de violencia y estallará en algo peor.” Por desgracia, esto es lo que ha ocurrido. Dos años después de su asesinato el número de muertos se acerca ya a los 35,000, alrededor de un 15% de los salvadoreños están desplazados o exilados, y más de 2,000 personas han desaparecido. De seguir así las cosas, los muertos pueden llegar a cincuenta, ochenta o cien mil, y del país sólo quedarán cenizas y cementerios. ¿Por qué no tomar absolutamente en serio las vías racionales para “resolver esto en forma pacífica y pronto”?

En todas las crisis que le tocó vivir a Monseñor Romero (por ejemplo, la de julio de 1979, la del 15 de octubre de 1979, o la del 2 de enero de 1980) propició como la vía más racional el diálogo. Teniendo en cuenta la realidad objetiva, su propuesta de solución buscaba ser cristianamente ética e históricamente realista. Por eso impulsaba el diálogo como modo de solucionar los problemas. Así lo repetía sobre todo en los últimos meses. “Nadie tiene la clave, y por eso estamos sufriendo. Pero entre todos la podemos encontrar” (4. 11. 1979). Hay que “unir las fuerzas para salvar a nuestro pueblo” (6. 1. 1980). Eso es lo que sustancialmente significaba para él el diálogo: la conjunción de fuerzas positivas que, en cuanto poderes reales, pudieran aportar algo a la solución. El “diálogo es una necesidad del país como camino para salir de nuestra crisis”. Por ello él mismo actuó con frecuencia como mediador, aglutinador y árbitro en problemas relativamente pequeños y en los grandes momentos de crisis.



Si esa fue su actitud en vida, cuánto más urgente es recordar ahora la necesidad del diálogo y el modo concreto de llevarlo a cabo según Monseñor Romero. En el diálogo, decía, deben participar todos, "todos tienen derecho a ser escuchados". La opinión de Monseñor Romero resulta crucial en la actual situación, cuando muchos han convertido en dogma el negarse al diálogo con la izquierda. Esta también debe participar en el diálogo. Más aún, hoy habría que añadir que sin la izquierda ningún diálogo tiene sentido. Es importante por ello recordar la argumentación de Monseñor Romero que, tomada con honradez, debería hacer desaparecer los escrúpulos o desenmascarar la hipocresía de quienes se niegan a ese diálogo. Independientemente de la justicia fundamental que le asiste al pueblo a organizarse, incluso en lo militar, la violencia de la izquierda "se origina en una situación de violencia institucionalizada que condiciona fuertemente o por lo menos da pretexto a muchos elementos para responder con violencia activa a la opresión continua y sistemática de los grupos de poder"

En los momentos actuales, el diálogo constituye una imperiosa necesidad, pues urge no sólo buscar la solución a los problemas estructurales del país, sino una salida inmediata al caos actual. Monseñor Romero decía que sobre algunas cosas no había que dialogar, pues constituirían condiciones previas para el diálogo: terminar con la "represión violenta y desproporcionada contra las protestas públicas", con los "asesinatos por razones políticas", con "tantos presos políticos y desaparecidos", permitir el retorno al país de "líderes políticos, sociales y religiosos". Desgraciadamente, la situación se ha agravado tanto desde los días de Monseñor Romero que hoy habría que dialogar incluso sobre una salida que realmente conduzca a un alto al fuego, al fin de la guerra, al cese de la represión.

Quizás parezca demasiado pequeño en comparación con tanto esfuerzo, tanto sacrificio, tanta sangre derramada, pedir que el diálogo tenga como primer punto el cese de las hostilidades. Pero es una imperiosa necesidad. Sin esa urgente salida, el país se seguirá desangrando y despoblando, y sus fuentes productivas continuarán perdiéndose. Con esa salida el país podrá sobrevivir al menos y encaminarse hacia una solución. Monseñor Romero clamó en nombre de Dios: ¡Cese la represión! Hoy en día, con toda seguridad, volvería a clamar: ¡Cese la represión! ¡Cese la guerra! ¡Cese la matanza entre hermanos de un mismo pueblo!

Una vez logrado el alto a la guerra, se debe buscar una solución verdadera a los problemas de fondo del país. Repetidamente afirmó Monseñor Romero que "éste es el tema principal del diálogo: la revisión y cambio de las estructuras". Sin entrar en tecnicismos, repitió constantemente como pastor que la óptica real para una verdadera solución tenía que ser la situación de las mayorías pobres. Una verdadera solución tiene que recoger sus necesidades, aquello por lo que han luchado y muerto; tiene que reconocer el específico poder del pueblo y por ello defender y alentar su derecho a organizarse. Ninguna solución real puede confundirse con los mecanismos formales con los que se busque. Estos pueden ser en principio variados: elecciones, negociación, mediación, incluso nuevos golpes de Estado. Monseñor Romero no fomentó activamente ninguno de esos mecanismos. Lo que afirmó es que a través de cualesquiera mecanismos se debe llegar al diálogo entre todos aquellos que en verdad quieren defender la causa de los pobres, poner en su favor cualquier poder que tengan y hacer de ellos —no de una ideología— el centro de su servicio. Cualquier solución formal que no fomente la causa de los pobres ni aglutine diversas fuerzas en servicio de esa causa no será solución real.

La llamada de Monseñor Romero al diálogo con estos criterios y esta finalidad está hoy presente en muchas instituciones nacionales e internacionales, en instituciones políticas, humanitarias y eclesiales; Monseñor Rivera la ha repetido bastante y la

izquierda salvadoreña la ha ofrecido, nos parece, con seriedad. Desoir esta llamada, dejar ausente a Monseñor Romero en este momento no sería más que agudizar su trágica profecía: "explorará en algo peor".

3. La humanización del país.

Además de propiciar salidas coyunturales y soluciones estructurales para el país, Monseñor Romero propició valores y realidades sociales que más humanizan a los hombres y a las sociedades. En esto vio quizás el aporte más específico suyo como hombre de Iglesia cuyo influjo masivo se realizaba fundamentalmente a través de la palabra que configura la conciencia personal y colectiva y transforma esa conciencia en realidades objetivas.

La palabra en verdad humanizadora de Monseñor Romero debe seguir presente, tanto para humanizar en lo posible el actual conflicto y poner un freno al despeñadero de deshumanización generalizada, como, sobre todo, para asentar las bases de una futura convivencia social entre los salvadoreños como verdadero pueblo. Recordemos aquellos rasgos de su influjo en la conciencia social del pueblo más ausentes hoy y también más necesarios.

*Monseñor Romero verificó semanalmente lo que acaecía en el país, denunció sin cansancio los atropellos y desenmascaró a sus responsables. A través de esas verdades plurales consiguió revalorizar la **verdad** misma como exigencia primaria a los hombres, como modo de relacionarse entre ellos y como vehículo de cohesión social. Monseñor Romero educó al pueblo en la verdad e hizo que el pueblo contara con la verdad. En estos momentos en que tan paladinamente se silencia o tergiversa la verdad, se la convierte en propaganda o se miente sin más, la verdad es la gran ausente del país. Por ello es tan importante hacer presente a Monseñor Romero, sobre todo cuando se ignora, manipula, tergiversa o miente sobre el dolor del pueblo, su represión, sus torturas, sus asesinatos. Monseñor Romero hizo presente la verdad en la conciencia del pueblo, y hoy el pueblo exige esa verdad; la afirmó como base fundamental para que pueda existir una auténtica convivencia social, ya que sin ella sólo puede sobrevivir la degeneración y la ruina.*

*Monseñor Romero abogó siempre por la **administración de la justicia**, de nuevo otra gran ausente en el país tanto en su tiempo como en la actualidad. Por ello denunció la constante violación de los derechos humanos y la situación indefensa de las víctimas; exigió una y otra vez a las autoridades su cumplimiento y desenmascaró la impunidad de los crímenes. A través de ello revalorizó la noción misma de justicia y educó al pueblo a que contase con la justicia. Lo más profundo que comunicó, sin embargo, fue que la exigencia de la justicia no proviene de*

una noción abstracta de fidelidad a la ley, sino de la solidaridad con los que sufren, de las entrañas de misericordia ante abusos, atropellos y horrores. Llegó incluso a decir que en el origen histórico de la ley está la parcialidad hacia el pobre, quien sin la ley se convierte más fácilmente en víctima de los poderosos. Por ello denunció la violación a los derechos humanos de cualquier persona y exigió justicia para todos; pero, tanto en la denuncia como en la exigencia, estaba presente su parcialidad hacia las víctimas indefensas. Lo que Monseñor Romero dijo en el fondo es que el dolor de los pobres toca el corazón de Dios y no se puede jugar ni manipular ni desoir ese dolor. Mucho menos se lo puede pervertir llamando "subversivos" a las víctimas, justificando de esa forma crímenes contra ellos y su impunidad. Así, Monseñor Romero hizo presente en la conciencia del pueblo la absoluta necesidad de la justicia, que es en primer lugar defensa de los indefensos y que brota de la inmensa compasión hacia las víctimas. Sin ese tipo de justicia tampoco sobrevivirá la sociedad salvadoreña.



Monseñor Romero, a los dos años de su asesinato, sigue siendo el gran presente y el gran ausente.

*Monseñor Romero abogó por la **unidad del pueblo y con el pueblo**. Ya se ha mencionado la importancia del diálogo para unificar voluntades. Pero más allá de eso, abogó por la unidad de todos los que se manifiestan como defensores del pueblo y sus vanguardias, sea a nivel político o eclesial, y por la unidad de éstos con el pueblo mismo. Así, fomentó la idea de la posibilidad y necesidad de un cierto pluralismo en la sociedad, para no terminar en imposición o dogmatismos, y previno contra cualquier tipo de protagonismo que anteponga los intereses de un partido o grupo a los intereses de las mayorías. Así también fortaleció en la conciencia del pueblo la idea de que nadie tiene la verdad total, aunque unos tengan más razón que otros, que la verdad hay que buscarla y que, en cualquier caso, la unidad se debe generar alrededor de la realidad histórica del pueblo, sus sufrimientos y esperanzas, y no alrededor de una ideología, aunque éstas sean necesarias y unas sean mejores que otras.*

*Monseñor Romero abogó por el **servicio de la autoridad**, se dé ésta en la sociedad civil o eclesiástica, en partidos convencionales o en organizaciones populares. Con ello denunció claramente cualquier gestión de la autoridad basada en la imposición y el despotismo, usada para el medro personal y degenerada en corrupción, como ha sido realidad duradera en los estamentos oficiales. Más en el fondo, denunció la insensible, pero progresiva y eficaz sustitución del pueblo por sus líderes. Con frecuencia los grupos sociales, políticos y militares, operan una progresiva reducción de la mayoría del pueblo a sus bases, de éstas a sus vanguardias, y de éstas a las dirigencias. En los grupos que tradicionalmente han tenido poder en el país ni siquiera se ha operado esa reducción, pues no han considerado al pueblo a no ser para aprovecharse de él. Los grupos populares han surgido realmente del pueblo y a veces han recorrido el proceso descrito. Lo que hizo Monseñor Romero fue poner en claro ante la conciencia del pueblo que los que están en autoridad están para servir, que sólo el servicio les confiere en último término autoridad, que se debe asegurar la cercanía e interacción real de los dirigentes con el pueblo para garantizar ese servicio y que la autoridad no degenera en distanciamiento o, peor aún, en sometimiento.*

*Monseñor Romero suscitó, mantuvo e incrementó la **esperanza de su pueblo**. Es éste un milagro que no se puede programar y menos en medio de los horrores de la situación salvadoreña. Sin duda, Monseñor Romero sacó arrestos de su fe en Dios para comunicar su propia esperanza y desencadenarla en los otros. Pero supo relacionar esa esperanza transcendente con las realidades históricas; supo hacer de ellas no sólo "facta bruta", en el doble sentido de realidades fácticas y brutales, sino signos de esperanza. Sin ningún tecnicismo, Monseñor Romero propuso las bases de un proyecto popular en beneficio de las mayorías, por el cual tiene sentido trabajar, luchar e incluso dar la vida. Supo transformar los sufrimientos, las torturas y las muertes en*



"martirio", en testimonio de algo todavía no visto, pero posible. Supo, en breve, transformar la dureza de la situación, del trabajo y de la lucha en esperanza. De esta forma colaboró a que el pueblo tomara conciencia de su propia dignidad, lo que lleva consigo su propio aliento y su propia esperanza, en tiempo de paz y en tiempo de lucha, en la vida y aun en la muerte.

Monseñor Romero, por último, abogó y clamó por la reconciliación entre los salvadoreños. Sin duda la llamada a la reconciliación fue sumamente difícil en su tiempo y parece casi imposible en la actualidad. La extremada polarización de una guerra hace casi objetivamente inevitable el deseo de aplastamiento y de venganza más que el de la reconciliación. No es fácil además encontrar un mediador que se atreva a exigir realmente la reconciliación a quienes han sido torturados o han padecido el asesinato de hasta una docena de familiares. La llamada a la reconciliación puede ser una afrenta si se hace sólo de forma doctrinal o fría y distanciadamente. Sin embargo la llamada a la reconciliación es hoy más urgente que nunca. Monseñor Romero fue claro y duro en las denuncias, pero nunca pactó con la irreconciliación, ni como hecho que divide a los salvadoreños ni como motivación para la lucha, por justa que sea.

Monseñor Romero llamó a la reconciliación y nadie se atrevió a rechazar en público ese llamado. ¿Por qué? Porque llamó a la reconciliación desde una real cercanía al sufrimiento de todos, y porque comunicó a las mayorías pobres que más profun-



da que sus divisiones y oposiciones era la comunidad en el sufrimiento y la miseria. Monseñor Romero se convirtió en polo referencial de la mayoría de salvadoreños para quienes vivir es su máxima tarea y morir su destino más cercano. El comprendió el sufrimiento de los campesinos y de los obreros, pero también el de los soldados, de los que se organizaban en movimientos populares así como el de los que se adscribían a ORDEN. Comunicó realmente que amaba a todos los salvadoreños que sufren y los vio a todos como salvadoreños que sufren. "Lo más grave es que no son —únicamente o fundamentalmente— ideologías las que han logrado desunirlas y enfrentarlas. No es que los miembros de esas organizaciones piensen en su mayoría de forma distinta sobre la paz, sobre el trabajo, sobre la familia. Lo más grave es que a nuestra gente del campo la está desuniendo precisamente aquello que la une más profundamente: la misma pobreza, la misma necesidad de sobrevivir, de poder dar algo a sus hijos, de poder llevar pan, educación, salud a sus hogares" (Carta pastoral sobre la Iglesia y las Organizaciones Políticas). Monseñor Romero sabía muy bien que la reconciliación es como un árbol cuyos frutos sólo se verán después de muchos años; pero recalcó la urgencia de sembrar ya las semillas. Así habló en la homilía dominical una semana antes de su asesinato: "Sobre todo y por encima de todo está la palabra de Dios que nos ha gritado hoy: ¡Reconciliación!"

4. El legado a la Iglesia salvadoreña.

Monseñor Romero debe seguir presente en el país. Se necesita su palabra sobre el diálogo para salir del negrísimo callejón sin salida de la coyuntura actual. Se necesita su palabra para no seguir deslizándonos por el despeñadero de la deshumanización. Se necesita su palabra para orientar el futuro de la sociedad salvadoreña según sus valores, utópicos sí, pero absolutamente necesarios.

En todos aquellos que trabajan, se arriesgan y ofrendan sus vidas por esos valores y esas realidades, en todos aquellos que soportan los horrores de la guerra y la represión, Monseñor Romero sigue presente. Quienes, por otra parte, quieren silenciar hoy a Monseñor Romero, sean civiles o eclesiásticos, quienes no se atreven a citarle, quienes quieren destruir su herencia y robárselo al pueblo salvadoreño, deben preguntarse si tienen algo mejor que ofrecer, con más credibilidad y con mejor aceptación entre ese pueblo. Deben preguntarse si no están haciendo lo que el mismo Monseñor Romero denunció en la homilla de los funerales del Padre Alfoso Navarro: "El guía les decía: 'no por allí, por acá'. Y así varias veces, hasta que hastiada la caravana sacó una pistola y disparó sobre el guía, quien agonizante ya, todavía tendía la mano para decir: 'no por allá, sino por aquí'. Y así murió señalando el camino."



Esa es la herencia de Monseñor Romero. Sigue presente en todos aquellos que recorren el camino que él señaló con su palabra y con su propio ejemplo. Es una herencia directamente para el pueblo salvadoreño, pues ese pueblo concretizó su ministerio arzobispal, su seguimiento de Jesús y su fe; a ese pueblo se debió y se entregó. Pero debe ser también una herencia para la Iglesia y también ésta debe hacerle presente.

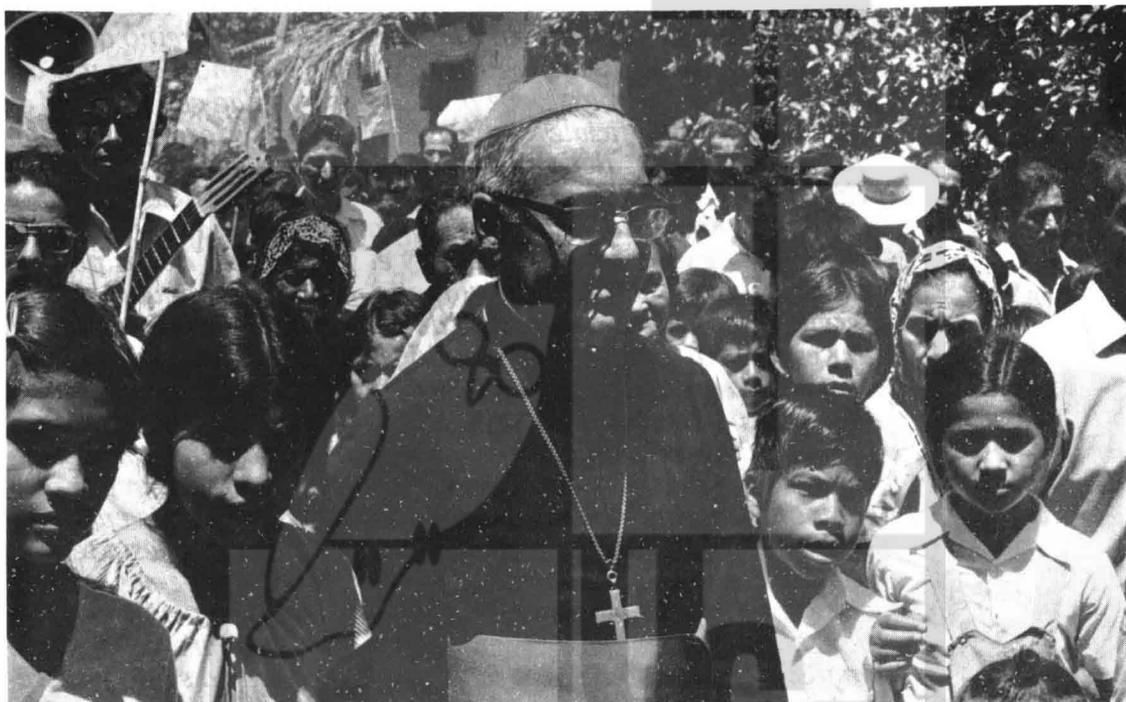
Monseñor Romero dice hoy a la Iglesia salvadoreña que se constituirá como Iglesia no en la distante neutralidad ni en las abstractas alturas doctrinales ni mucho menos en la cercanía de poderosos y opresores. Se constituirá como Iglesia desde el dolor del pueblo, mayor hoy todavía que en su tiempo, desde el trabajo decidido, aunque siempre riesgoso, por encontrar una salida al actual caos, desde la disponibilidad a anunciar aquellos valores que humanizan a los hombres y acercan el reino de Dios.

Pero para ello debe la Iglesia, como Monseñor Romero, comenzar con el ejemplo. Debe proclamar la verdad con claridad en sus documentos oficiales y a través de sus plataformas y medios de comunicación; debe denunciar con claridad las espantosas violaciones de los derechos humanos y exigir justicia; debe poner un signo de unidad real, no simplemente administrativa, alrededor de la fe en el evangelio y el sufrimiento de los pobres; sus autoridades deben dar testimonio no sólo de mandar, sino de servir, no sólo de enseñar, sino de aprender de los pobres; deben dar esperanza a todos los reprimidos y perseguidos, defendiendo a sus agentes de pastoral y a los cristianos de la base, sin ignorar la persecución, sin pervertir el martirio de tantos cristianos degradándolos a subversivos y sin facilitarla con una postura anticomunista que, en la práctica, lo justifica todo; deben por último poner un símbolo de reconciliación interna, basada en la verdad y en la justicia, para que dentro de la misma Iglesia tengan cabida, como en tiempo de Monseñor Romero, diversas tendencias, más moderadas o más radicales, en la opción por los pobres. En una palabra, la Iglesia debe aparecer —como aparecía en tiempo de Monseñor Romero— como signo y sacramento de una sociedad según el corazón de Dios.

Una buena parte de la Iglesia está intentando hacer eso; otra parte parece estar más preocupada por su supervivencia que por la del pueblo, más decidida a combatir a cualquier precio a la izquierda que a defender la causa del pueblo, más cercana a la Fuerza Armada o al Departamento de Estado que al dolor de los oprimidos. Se afirma que de esta forma se está asegurando mejor el futuro de la Iglesia y su influjo benéfico entre el pueblo. Sin embargo, no es así. No es el mundo occidental el que garantiza el futuro de la Iglesia, sino el evangelio de Jesús. A causa de ese evangelio habrá dificultades, persecuciones y muerte. Pero con ese evangelio y sólo con él la Iglesia será fiel a su misión y tendrá la suficiente credibilidad para mostrar a los hombres que con Dios se humaniza mejor al hombre, que en el seguimiento de

Jesús se forjan mejores ciudadanos, que en la defensa de los pobres se hacen más salvadoreños.

Monseñor Romero dijo poco antes de morir: "Estoy obligado por mandato divino a dar la vida por quienes amo, que son todos los salvadoreños". Son muchos los que reconocen en Monseñor Romero al gran líder religioso y social, al orientador en épocas de crisis. Pero, por encima de todo, el pueblo salvadoreño reconoce en Monseñor al hombre que le amó, que se entregó a él, que dio su propia vida por él. Sin duda, Monseñor Romero permanecerá como uno de los hombres más ilustres en la historia del país; para su pueblo, Monseñor Romero constituirá la ausencia más entrañable, la presencia más estimulante, el salvadoreño más profundamente amado.



Lo que Monseñor Romero dijo en el fondo es que el dolor de los pobres toca el corazón de Dios y no se puede jugar ni manipular ni desoir ese dolor. Mucho menos se lo puede pervertir llamando "subversivos" a las víctimas, justificando de esa forma crímenes contra ellos y su impunidad.